

biá sido bautizado por San Juan con las aguas del Jordan, empezando con este acto el periodo de su vida pública. El Jordan, pues, está consagrado con la presencia del Salvador, y sus aguas santificadas con el contacto de su cuerpo adorable. Es el Jordan un rio de cincuenta pasos de anchura, y cosa de dos varas en su mayor profundidad. La agua es clara y de muy buen sabor, bastante delgada y suave al tacto. En las orillas hay bastantes árboles, aunque de poca elevacion, muchos jarales y espinos: hay tambien muchas conchas y caracoles que seguramente arrastra al atravesar el mar de Tiberiades. Mis compañeros estaban con pocos deseos de bañarse, pero yo comencé inmediatamente á desnudarme, y á poco me eché al rio. Mi ejemplo movió á los demás; y al fin todos nos bañamos, aun el señor Arzobispo, que parecia el mas renuente. Eran las cuatro de la tarde, el sol estaba todavia muy fuerte, pero nos replegamos á las ruinas de un puente muy antiguo que hay en este lugar, y allí tuvimos buena sombra para bañarnos. Estaba el agua deliciosísima y con trabajo consiguió el señor Arzobispo, que nos saliéramos del rio para volvernos á Tiberiades. Yo llené una botella de agua del Jordan, junté algunas conchas, arena y juncos de la orilla para llevar como memoria de este sagrado rio. Tenia tambien la empresa de cortar yo mismo un baston de los arbustos que hay en la orilla del rio; elegí un palo muy espinoso, que para cortarlo me costó mucho trabajo y sangre de las manos destrozadas por las éspinas, pero al fin logré quitárselas todas y llevarlo bajo la pierna á guiza de espada, cuando montaba á caballo.

Nos volvimos á Tiberiades á las seis de la tarde; pero la luna estaba clarísima y el camino muy agradable por el fresco de la noche. Nada mas imponente que la vista del lago y de las ruinas de la antigua Tiberiades, alumbradas por la melancólica claridad de la luna. Un silencio solemne reinaba en todas partes; solo se percibia el triste y monótono murmullo de las olas que venian á morir en las arenas de la playa. Montones de escombros y de ruinas, formando fantásticas figuras con la luz de la luna, y las sombras que proyectaban, se divisaban aquí y allí..... Al ver á Tiberiades y el lago á cuya orilla está situada, yo comparaba las obras de los hombres con

las obras de Dios: ¡allí está la famosa y soberbia ciudad edificada por Herodes en honor de Tiberio! El tiempo, los terremotos y las guerras, vinieron sobre ella, y casi no queda mas que un monton de escombros. Pasarán algunos siglos, y aun estos escombros habrán desaparecido, llevándose consigo á un perpetuo olvido los nombres de Herodes y Tiberio! Ved ahora el lago hermoso de Galilea: él conserva su misma belleza á pesar de los millares de años que cuenta de existencia; y pasarán siglos y mas siglos, sin que se borre de la memoria de los hombres aquel Personage divino, que escogió este lago y sus riberas para manifestar su amor y su misericordia á los hijos de los hombres. En aquel tiempo las gentes se oprimian unas contra otras para tener la felicidad de escuchar sus palabras; hoy despues de mas de mil y ochocientos años, vemos doscientos y mas millones de hombres, esparcidos en todo el globo, ansiosos todavia de escuchar la palabra de vida eterna, que el Salvador pronunció aquí donde nos hallamos nosotros, que atravesando el Atlántico y el Mediterráneo, hemos venido desde los confines de la América, para adorar el lugar donde el Salvador puso sus plantas, teniéndonos por muy dichosos, en haber conseguido nuestro piadoso intento.

Entretenidos con estos pensamientos, atravesamos las ruinas de la ciudad y llegamos al Convento á las ocho de la noche. El padre Guardian nos tenia ya preparada la cena, para recogernos temprano, porque otro día debiamos madrugar para volvernos á Nazareth, no por el camino del Thabor; sino por el campo donde fué el milagro de la multiplicación de los panes, el monte donde Ntro. Señor Jesucristo predicó las Bienaventuranzas, el campo donde los Apóstoles cortaron las espigas de trigo, y Caná de Galilea donde se verificó el milagro de la conversion del agua en vino. Yo tenia tambien la intencion de no abandonar las playas del mar de Genezareth, sin tener el gusto de bañarme en sus aguas, consagradas tambien con el contacto de las plantas del Salvador, cuando caminé sobre la superficie del lago, hasta reunirse con sus discipulos, que en una barca se encontraban en medio del mar. Para conseguirlo era necesario madrugar mucho, porque á las cinco debiamos salir de Tiberiades. Encargué

que me despertaran á las tres de la mañana, para tener tiempo de bañarme ántes de irnos. Dormí otra vez en el terrado porque el calor era terrible.

Martes cuatro de Noviembre, á las tres de la mañana, me levanté, dejé pasar media hora para enfriarme, y despues saliendo por el corral del Convento, que tiene una puerta á la orilla del lago, pude con facilidad bañarme. La agua es clarísima, muy delgada, suave, y ademas á esa hora estaba de una temperatura muy agradable. Las olas del lago cuando está agitado, son altas; el movimiento es tan violento, que cuesta trabajo tenerse en pié; y vienen de vez en cuando unas olas tan altas, que pasando sobre la cabeza dejan sumergido al que se baña. Tres cuartos de hora estuve en el agua, saqué unas piedrecitas del fondo para llevar en recuerdo, y al fin me salí con pesar, porque se acercaba la hora del viage. El mar de Tiberiades jamás se borrará de mi memoria: es tan bello, tan magestuoso, tan rico en recuerdos evangélicos, que el que lo ha visto una vez, es imposible que olvide las profundas y agradables impresiones recibidas allí. Cuando me bañaba tenia muy presente la escena que se verificó dentro del lago, referida por el Evangelista San Mateo, (1) en estos términos: «Entre tanto la barca estaba en medio del mar batida reciamente de las olas, por tener el viento contrario. Cuando ya era la cuarta vela de la noche, vino Jesus hácia ellos caminando sobre el mar. Y viéndole los discípulos caminar sobre el mar se conturbaron, y dijeron: «Es una fantasma;» y llenos de miedo comenzaron á gritar. Al instante Jesus les habló, diciendo: «Cobrad ánimo, soy Yo, no tengais miedo» Y Pedro respondió: «Señor si eres Tú, mándame ir hácia á tí sobre las aguas. Y El le dijo: «ven» Y Pedro bajando de la barca, iba caminando sobre el agua para llegar á Jesus. Pero viendo la fuerza del viento, se atemorizó; y empezando luego á hundirse, dió voces diciendo: «Señor, sálvame.» Al punto Jesus extendiendo la mano, le cogió el brazo, y le dijo: «¿Hombre de poca fé, por qué has titubeado?» Y luego que subieron á la barca, calmó el viento. Mas los que dentro estaban, se acercaron

(1) Cap. 14, versos del 24 al 33.

á El y le adoraron, diciendo: «Verdaderamente eres tú el Hijo de Dios.»

Salimos de Tiberiades á las cinco y media de la mañana. Despues de haber subido una colina, encontramos una mesa bastante amplia, desde donde se divisa el hermoso lago de Galilea al norte, el monte de las Bienaventuranzas al poniente, y el Thabor al sudeste. Esta mesa es el campo, donde Nuestro Señor Jesucristo verificó una de las multiplicaciones de los panes y peces, referida en el Évangelio de S. Mateo, [1] del modo siguiente: «Jesus pues, habiendo oido aquello que Heródes decia de El, retiróse de allí por mar á un lugar desierto, fuera de poblado; mas entendiéndolo las gentes, salieron de sus ciudades, siguiéndolo á pié por tierra. Y Jesus al salir del barco, viendo tan gran gentio, se movió á lástima, y curó á sus enfermos. Al caer la tarde, sus discípulos se llegaron á El, diciendo: «El lugar es desierto y la hora es ya pasada: despacha á esas gentes para que vayan á las poblaciones, á comprar que comer.» Pero Jesus les dijo: «No tienen necesidad de irse: dadle vosotros de comer.» A lo que respondieron: «no tenemos aquí mas de cinco panes y dos peces.» Díjoles él: «Traédmelos acá.» Y habiendo mandado sentar á todos sobre la yerba, tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, los bendijo, y partió y dió los panes á los discípulos, y los discípulos los dieron á la gente. Y todos comieron y se saciaron; y de lo que sobró, recogieron doce canastos llenos de pedazos. El número de los que comieron fué de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Inmediatamente despues, Jesus obligó á sus discípulos á embarcarse, é ir á esperarle al otro lado del lago, mientras que despedía á los pueblos; y despedidos estos, subió á orar en un monte y entrada la noche se mantubo allí solo.»

El campo es bastante amplio, y hay de trecho en trecho grandes peñascos de una piedra negrusca. Acaso en alguno de ellos estuvo sentado Nuestro Señor Jesucristo, cuando pasó la escena referida por el Evangelio. Procuramos tomar algunas astillas de estos peñascos, para llevar un recuerdo de este lugar.

[1] Cap. 14, versos del 13 al 23.

Si guiendo nuestro camino para el poniente, comenzamos á subir el monte llamado de las Bienaventuranzas. Es una montaña de mediana elevacion, aunque de difícil acceso, por lo empinado de la subida. Al fin llegamos á la cima donde hay una meseta de ochenta varas de diámetro. Se perciben restos de antiguos edificios. Parece que habia aquí un convento y una Iglesia, señalando el lugar donde estuvo el Salvador cuando pronunció el sermón llamado de la montaña. He aquí el pasaje del Evangelio que refiere lo sucedido en este lugar: (1) «Iba Jesús, recorriendo toda la Galilea, enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio ó buena nueva del reino celestial; y sanando toda dolencia y toda enfermedad en los del pueblo. Con lo que corrió su fama por toda la Siria, y presentábanle todos los que estaban enfermos, y acosados de varios males y dolores agudos, los endemoniados, los lunáticos, los paráliticos; y los curaba; é iba le siguiendo una gran muchedumbre de gente de Galilea, y Decápoli, y Jerusalem, y Judea y de la otra parte del Jordán. Mas viendo Jesús á todo este gentío se subió á un monte, donde habiéndose sentado, se le acercaron sus discípulos, y abriendo su boca divina, los adoctrinaba diciendo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos etc. etc.» hasta concluir aquella admirable instruccion, que viene á ser un compendio de la doctrina y espíritu del Evangelio: instruccion que le atrajo la veneracion de todos los que le oían, no acabando de admirar su doctrina, pues concluye el Evangelio diciendo, «porque su modo de instruirlos, era con cierta autoridad soberana, y no á la manera de sus escribas y fariseos.»

Parece que este mismo monte es aquel á que alude el Evangelio, despues de referir la multiplicacion de los panes; pues segun lo que allí se dice, el monte á donde fué Nuestro Señor Jesucristo á orar, y donde se mantuvo hasta la cuarta vigilia de la noche, hora en que se dirigió hácia el lago de Genezareth, estaba vecino al lugar donde se verificó la multiplicacion de los panes, así como el lago de Genezareth; y el monte de las Bienaventuranzas, donde nos halla-

(1) San Mateo, cap. 4.º versos 23 y siguientes.

mos actualmente, tiene precisamente estas condiciones. Por tanto, este monte fué testigo no solo del admirable sermón de las Bienaventuranzas, sino tambien de la oracion del Salvador.

Despues de haber estado un rato contemplando lo que allí pasó, nos bajamos del monte por el lado oeste, y luego tomamos la direccion sur, dejando el Thabor á nuestra izquierda. Pasamos por un sitio donde seguramente habia antes alguna poblacion; pues se ven todavía algunas ruinas y muchísimos sepulcros cavados en la roca viva. No pude averiguar qué poblacion seria esta, nadie supo su nombre. Continuamos nuestro camino, por un campo donde aun habia rastrojo de la cosecha del maiz que habian levantado: este campo es el mismo llamado «campo de las espigas,» donde pasando los Apóstoles con nuestro Señor Jesucristo, tomaban espigas de trigo, y estregándolas entre las manos, comian los granos; lo cual motivó la censura de los fariseos, porque siendo sábado, creian que con este trabajo se profanaba la santidad del dia del Señor, á lo cual respondió nuestro Señor Jesucristo, con tanto acierto que no pudieron replicarle. Hé aquí el pasaje del Evangelio de San Mateo: (1) «Por aquel tiempo pasando Jesús en el dia de sábado por junto á unos sembrados, sus discípulos teniendo hambre, empezaron á coger espigas y comer los granos. Y viéndolo los fariseos, le dijeron: «Mira que tus discípulos hacen, lo que no es lícito hacer en sábado.» Pero El les respondió: «¿No habeis leído lo que hizo David, cuando él y los que lo acompañaban, se vieron acosados de la hambre? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposicion, que no era lícito comer ni á él, ni á los suyos, sino solo á los sacerdotes? ¿O no habeis leído en la Ley, como los sacerdotes en el Templo trabajan en el sábado, y con todo eso no pecan? Pues yo os digo, que aquí está uno que es mayor que el Templo. Que si vosotros supieseis bien lo que significa: «Mas quiero la misericordia que no el sacrificio;» jamas hubierais condenado á un inocente. Porque el Hijo del Hombre es dueño aun del sábado.»

Antes de llegar á Caná de Galilea, hay un pueblo medio arruina-

[1] Cap. 12, versos del 1 al 8.